

RENÉ DESCARTES

OBRAS
ESCOGIDAS

Traducción de
EZEQUIEL DE OLASO Y TOMÁS ZWANCK

Selección, prólogo y notas de
EZEQUIEL DE OLASO

Segunda edición

EDITORIAL CHARCAS
Buenos Aires

REGLAS PARA LA DIRECCIÓN DEL ESPÍRITU

efecto, todo error en que suelen incurrir los hombres, pero no los animales, me parece que no proviene jamás de una mala inferencia, sino sólo de que se dan por supuestas ciertas experiencias poco comprendidas, o se establecen juicios a la ligera y sin fundamento.

De todo esto se colige evidentemente por qué la aritmética y la geometría son mucho más ciertas que las demás disciplinas, a saber: porque sólo ellas poseen un objeto tan puro y simple que no es necesario hacer ninguna suposición que la experiencia haya hecho incierta, sino que ambas consisten absolutamente en una serie de consecuencias que deben deducirse por vía racional. Son, por consiguiente, las más fáciles y claras de todas las ciencias y tienen un objeto como el que buscamos, puesto que en ellas parece que el hombre apenas puede equivocarse si no es por inadvertencia. Sin embargo, no debemos extrañarnos de que muchos espíritus se dediquen con preferencia a otras artes y a la filosofía, pues esto sucede porque cada uno se puede permitir más confiadamente la pretensión de adivinar en una cosa oscura que en una evidente / y es mucho más fácil hacer conjeturas en una cuestión cualquiera que llegar en una sola, aunque fácil, a la verdad.

366

Pero de todo esto se ha de concluir no sólo que hay que aprender aritmética y geometría, sino únicamente que los que buscan el recto camino de la verdad no deben ocuparse de ningún objeto que no ofrezca una certeza igual a la de las demostraciones aritméticas y geométricas.

REGLA III

En los objetos considerados hay que indagar no los pensamientos de los demás o nuestras propias conjeturas, sino lo que podemos intuir con claridad y evidencia o deducir con certeza, pues la ciencia no se adquiere de otro modo.

Debemos leer los libros de los antiguos, porque es muy beneficioso poder aprovechar los trabajos de tantos hombres, ya para conocer lo que en otro tiempo descubrieron de bueno, ya para saber lo que queda aún por descubrir en todas las disciplinas. Sin embargo, es muy de temer que las lacras de algunos errores, contraídas en una lectura demasiado atenta, se nos contagien quizás a pesar de nuestros esfuerzos y precauciones. En efecto, los escritores suelen ser de tal índole, que cuando por una credulidad irreflexiva se dejan arrastrar en una controversia a una posición crítica, intentan persuadirnos con los argumentos más sutiles, pero por el contrario, cuando han tenido la fortuna de descubrir algo cierto y evidente, / nunca lo exponen sino envuelto en ambigüedades, por temor, tal vez, a que la sencillez de las razones disminuya el mérito de la invención o porque sienten recelo de descubrirnos la verdad.³

367

Mas aunque todos fueran sinceros y francos y no nos presentaran jamás como verdaderas las cosas dudosas, sino que expusieran todo de buena fe, jamás sabríamos, sin embargo, a quién creer, puesto que apenas existe una sola opinión que no haya dado lugar a la afirmación contraria. Y de nada serviría contar los votos para aceptar la opinión que tuviera mayor número de partidarios entre los autores; porque tratándose de una cuestión difícil, es más digno de crédito que haya descubierto su verdad una minoría, que no muchos. Pero aun cuando todos estuvieran de acuerdo entre sí, no por eso su doctrina nos bastaría, pues jamás seremos matemáticos, por ejemplo, aunque sepamos de memoria las demostraciones hechas por todos los demás, si nuestro espíritu no es capaz de resolver por sí mismo todo tipo de problemas, ni jamás llegaremos a ser filósofos, aunque hayamos leído todos los razonamientos de Platón

³ Cf. más adelante Regla IV.

y Aristóteles, si no podemos dar un juicio sólido acerca de las cuestiones propuestas, pues, en tal caso, parecería que hemos aprendido historias pero no ciencia.

368 Se nos advierte, también, que jamás debemos mezclar en absoluto ninguna conjetura con nuestros juicios sobre la verdad de las cosas. Advertencia de no poca importancia, pues la verdadera razón de que en la filosofía corriente no encontremos nada suficientemente evidente y cierto como para no poder ser puesto en discusión, es, en primer lugar, que los hombres de estudio, no satisfechos con el conocimiento de las cosas claras y ciertas, / se han atrevido a afirmar también las oscuras y desconocidas, a las que no llegaban sino sirviéndose de conjeturas probables; y luego otorgándoles ellos mismos, poco a poco, entera confianza y confundiéndolas indistintamente con las verdaderas y evidentes, han terminado por no poder concluir nada que no parezca depender de alguna proposición de esa índole, y que, por tanto, no fuese incierto.

Pero para no incurrir desde ahora en el mismo error, vamos a enumerar aquí todos los actos de nuestro entendimiento por los cuales podemos llegar al conocimiento de las cosas, sin temor de errar; no admitimos más que dos, a saber: la intuición y la deducción.⁴

Entiendo por *intuición* no la confianza incierta que proporcionan los sentidos ni el juicio engañoso de una imaginación que realiza mal las composiciones, sino un concepto que forma la inteligencia pura y atenta con tanta facilidad y distinción, que no queda ninguna duda sobre lo que entendemos, o, lo que es lo mismo: un concepto que forma la inteligencia pura y atenta sin ninguna duda y que nace sólo de la luz de la razón y que, por ser más simple, es más cierto que la misma deducción, la cual, sin embargo, tam-

⁴ En el texto original figura "inducción" en vez de "deducción", pero existe acuerdo general en considerar que se trata de un error.

co puede ser mal hecha por el hombre, como ya hemos apuntado.⁵ Así, cada cual puede ver por intuición, que existe, que piensa, que el triángulo está limitado sólo por tres líneas, la esfera por una sola superficie, y otros hechos semejantes, más numerosos de lo que comúnmente se cree por el desdén que inspira aplicar el espíritu a cosas tan sencillas. /

Por lo demás, para que algunos no se sorprendan del nuevo uso de la palabra *intuición* y de otras cuya significación ordinaria me verá obligado a modificar en lo sucesivo, advierto aquí, en forma general, que no tengo en vista el sentido con que esas expresiones han sido empleadas en estos últimos tiempos en las escuelas, porque sería muy difícil servirse de los mismos términos teniendo ideas enteramente diferentes, sino que únicamente me atengo a la significación latina, a fin de que cuando falten vocablos apropiados, tome los que me parezcan más adecuados para darles el sentido que me interesa.

Ahora bien, se requiere esta certeza y evidencia de la intuición no sólo para las enunciaciones sino también para cualquier clase de razonamiento discursivo. Así, por ejemplo, dada esta consecuencia: 2 y 2 hacen lo mismo que 3 y 1, no sólo es preciso intuir que 2 y 2 hacen 4 y que 3 y 1 hacen también 4, sino, además, que de estas dos proposiciones se sigue necesariamente aquella tercera. De donde puede surgir ya la duda sobre los motivos de haber añadido aquí, además de la intuición, otro modo de conocer que se cumple por *deducción*: por deducción entendemos todo lo que es consecuencia necesaria a partir de otras cosas conocidas con certeza. Pero fue necesario proseguir así porque se pueden conocer muchas cosas por sí mismas con certeza, aunque no sean evidentes, siempre que se deduzcan de principios verdaderos y conocidos mediante un movimiento

⁵ Cf. Regla II, pág. 39.

370

continuo e ininterrumpido del pensamiento que intuye claramente cada cosa en particular: de este modo sabemos que el último eslabón de una larga cadena está unido con el primero —aunque no podamos ver intuitivamente con un único y mismo golpe de / vista todos los eslabones intermedios que constituyen aquella conexión— recorriéndolos sucesivamente y recordando que, desde el primero al último, cada uno está enlazado al inmediato. Aquí distinguimos, pues, la intuición intelectual de la deducción cierta en que en ésta se concibe un movimiento o cierta sucesión, pero no en aquélla, y en que, además, la deducción no necesita la evidencia presente, como la intuición, sino que en cierto modo pide prestada su certidumbre a la memoria. De todo esto se puede decir, por consiguiente, que aquellas proposiciones, que son la consecuencia inmediata de los primeros principios, pueden ser conocidas tanto por intuición como por deducción, según se las considere; en cuanto a los primeros principios, lo son sólo por intuición, y, en cambio, las conclusiones remotas sólo pueden serlo por deducción.

Y éstas son las dos vías más seguras que llevan a la ciencia, y el espíritu no debe admitir ninguna otra, sino que se debe rechazar todas las demás como sospechosas y sujetas a error, lo cual no impide creer, sin embargo, que todo lo que ha sido revelado por Dios, es más cierto que cualquier otro conocimiento, puesto que, como la fe que tenemos en ello se refiere siempre a cosas oscuras, es acto no del espíritu sino de la voluntad, y si esa fe tiene fundamentos en el entendimiento, éstos pueden y deben ser descubiertos principalmente por una de las dos vías ya indicadas, como quizás algún día mostraremos con mayor amplitud.⁶ /

⁶ Hacia 1628 y 1629 Descartes creía poder demostrar en alguna medida el acuerdo entre la razón y la fe y proyectaba escribir un *Tratado de la Divinidad*.